

XLIII

La sala de la Opera presentaba, como siempre su deslumbrador aspecto.

Los palcos de los diplomáticos estaban todos ocupados, y las más ricas familias de la colonia extranjera ocupaban sus acostumbradas localidades.

El palco que más visitado se veía, aquella noche, era el de la princesa Ivanowska.

La bella Constanza estaba resplandeciente. Más aún que el fuego de sus brillantes.

Sus adoradores, más solícitos que nunca, la colmaban de adulaciones.

La princesa, siempre indiferente, respondía por monosílabos ó interjecciones á aquellas alabanzas, las cuales, por la forma, podrían tomarse por otras tantas declaraciones amorosas.

Una sonrisa, una mirada era el pago que recibían aquellos milanos del amor vestidos de negro y correcto frac y corbata blanca.

Lord Fowler gozaba con el éxito, siempre creciente, de la princesa. Todos los gemelos del teatro tenían sus cristales fijos en el palco de la hermosa extranjera.

De pronto, la princesa cesó de oír las conversaciones de sus amigos. En el palco de la condesa de Branville acababan de entrar dos jóvenes.

Eran Pontis y de Tresmes.

A partir de aquel momento, la princesa no apartó sus miradas de aquel palco.

—Yo creía—dijo dirigiéndose á Saint Remy, —que vuestro amigo estaba enfadado con el general.

—Nunca lo estuvo.

—Me habían asegurado que estaba en Egipto.

—Pues ya veis que ha regresado.

La princesa reflexionaba.

—Hay en todo esto un misterio que no me explico. Roberto fué sorprendido por el general. Así al menos me lo confesó él mismo. El mal, sin duda, no ha sido tan grande como yo suponía. ¡Tanto mejor!

Y un suspiro de satisfacción se escapó de su pecho.

—Es un hombre galante, Pontis—continuó conversando con el vizconde Palamede;—pudo matar al marqués y le perdonó la vida.

—Si creéis que yo no lo he sido bastante—objetó amostazado el marqués—tendréis que explicaros mejor. No hay nada que yo deje de hacer por agradaros, y si queréis que volvamos a empezar, estoy dispuesto á obedecaros.

—Es inútil, mi querido marqués—contestó la princesa.—¿Qué puede importar á las gentes que vivaís ó que os maten de una estocada?

Al mundo le importará muy poco el que yo viva ó muera, pero á mí me importa mucho. Si vos no queréis interesaros en lo que me concierne, no es esa una razón para que yo deje de interesarme por vos.

La princesa sonrió y el marqués creyó el momento oportuno para deslizar su demanda.

—¿Cuándo cumpliréis lo ofrecido?—preguntó con apagada voz.

La suplicante y graciosa expresión que supo Riozares dar á su rostro al pronunciar estas palabras, hizo que la princesa tuviera un imperceptible estremecimiento.

Pero era demasiado inteligente para no comprender que el marqués no sentía los sentimientos que con tanto arte manifestaba.

Se contentó con hacer un gracioso gesto con la boca y no contestó.

En cada entreacto había esperado que Roberto, olvidando sus rencillas, vendría á saludarla á su palco.

En vano le había esperado.

Al finalizar el cuarto acto, desesperada, y al ver que Roberto abandonaba el palco, pensó que le encontraría en el *foyer*.

—¿Queréis—dijo á Saint-Remy—acompañarme á dar una vuelta?

Palamede se apresuró á presentar su brazo á la graciosa moscovita.

En efecto, Roberto se paseaba por el *foyer* del brazo de su amigo.

Al ver á la princesa trató de alejarse, pero ella, por un movimiento que denotaba cierta ciencia táctica, se acercó á él y le puso en la imposibilidad de dejarla de saludar, á no ser

faltando á las más vulgares leyes de la educación.

—Esperaba, mi querido Roberto, una visita vuestra, y vengo á la montañía ya que ella no viene á mí.

La mirada de la princesa era dulce y penetrante.

Seguramente la estocada dada por Roberto á su adversario, le hacía valer más á los ojos de la princesa.

—Tengo horror á las querellas, mi querida princesa, y el marqués vería á disgusto mi entrada en un palco donde él tiene asiento en las escaleras del trono.

—El marqués debe aborrecerlas más que vos. Creo que no es este el motivo que os tiene alejado de mí.

El señor de Riozares—añadió con misterio—escucha aquí la música de los demás y no canta la suya.

Roberto se inclinó, pero no respondió una palabra.

—¿Estateis mucho tiempo en Paris?—preguntó la princesa.

—Depende de las órdenes que espero.

—Deseo y tendría mucho gusto en veros por mi casa.

El capitán saludó—aquello no era prometer nada—y se alejó.

A los pocos pasos se paró, y mirando á de Tresmes le dijo:

—Si esa mujer se hubiera vuelto á su país, estaría más tranquilo.

—Sin embargo, la has amado como á la condesa.

—¡No blasfemes! Bajo esa magnífica cubier

ta no es sangre la que circula; es un ácido cualquiera, peligroso y emponzoñado.

Por otro lado, decía la princesa á Saint-Remy:

—¡Qué cambiado está vuestro amigo! ¡Antes todo era llama y fuego; ahora es de hielo!

—¡El amor no tiene más que un tiempo!— contestó filosóficamente Palamede—Preciso es creer en la exactitud de este proverbio cuando vos misma, no le habeis desmentido.

—Se puede dejar de amar sin que por eso se crea uno obligado á aborrecer.

—¿Supongo que Roberto no os aborrece?

—No veis tan claro como yo. Sus ojos desmentían la galantería de sus frases. Si hubiesen tenido algo de pasión me hubieran atravesado de parte á parte, como la espada del capitán atravesó el pecho de Riozares.

—Hé ahí, querida princesa—dijo Palamede sonriendo—un peligro que no amedrenta á las mujeres.

XLIV

Es una más que larga distancia, la que medía entre el boulevard de los Italianos y el castillo de Traignac.

Al atravesar el tren que conducía á Roberto y de Tresmes á Traignac, los campos del Limosin estaban cubiertos de nieve.

—¡Desolación de desolaciones!—decía el tiente con lastimoso acento á medida que se acercaban al término de su viaje.—¡Esto es la inmensidad de la miseria! Nos vamos acercando á un Sahara nevado y peor que el verdadero.

Los dos jóvenes abandonaron en Lubersac el camino de hierro. Allí montaron en un faeton antídiluviano tirado por un vigoroso caballo. A las tres y media de la tarde la carreta que conducía á nuestros viajeros se paró en la aldea de Villefosse á la puerta de una hostería, que á juzgar por sus apariencias exteriores no les daría cómodo alojamiento.

En el interior, sentados al rededor de una mesa de nogal, muy limpia, cuatro ó cinco limosinos bebían y charlaban alegremente.

A la entrada de los jóvenes, uno de los bebedores se levantó para salir.

Llevaba una gorra con visera y en cuyo frente había un cuerno de caza bordado en plata.

Completaban su atavío una blusa azul, un cinturón de charol, cuyo broche era un escudo de armas, altas botas de campo y una carabina de dos cañones.

Al llegar á la puerta lanzó una escudriñadora mirada sobre los recién llegados.

— Buenas tardes, maese Chenu—dijo al hostelero.— Cuando queráis cazar un jabalí, avisadme; esta mañana he visto una piara de ellos. Hasta la vista.

— Van los señores á pasar la noche en la venta?— Preguntó el dueño á Roberto y á de Tresmes, con respetuoso ademán y la gorra en la mano.

— No—contestó el teniente—venimos á hacer una corta visita y nos marchamos otra vez en nuestro vehículo. Cuidad bien al cochero y dadle de comer.

— ¿Los señores van á...?

— Saint-Saturnin.

De Tresmes dió algunas instrucciones más al hostelero y salió seguido de su amigo.

Eran cerca de las cuatro.

— Démonos prisa—dijo á Roberto—tenemos una buena caminata delante de nosotros.

A la salida de la aldea sacó un plano del bolsillo y le consultó.

— Este—dijo—es el camino que conduce á

Saint Saturnin. Dentro de media hora estamos allá.

— Cinco minutos después añadió:

— Ya estamos en los dominios del general. Marchemos prevenidos.

La noche avanzaba con rapidez.

Después de dos minutos de marcha los dos *touristes* vieron á lo lejos los tejados de las casas de Saint-Saturnin, verdaderas chozas cubiertas de abrojos y de cuyas chimeneas salía un humo rojizo y denso.

A la entrada de aquella miserable y pobre aldea pacía un pequeño rebaño de cabras y dos ó tres ancianas hilaban á la puerta de sus cabañas.

De Tresmes hizo alto.

— Tengo—dijo á su compañero—la dirección y la responsabilidad del viaje; de modo que tú no tienes nada que objetar á lo que yo haga. Te he prometido una hora de conversación con la condesa; confrontemos nuestros relojes para que no te detengas un minuto más. El tiempo se pasa con rapidez y el peligro de una sorpresa es tal vez más grande de lo que suponemos.

El general tenía fama por sus talentos estratégicos y temo que haya puesto su ciencia en práctica para defender sus dominios.

Y acercándose á una vieja arrugada y temblona, cuyo cuerpo estaba vencido en dos, más por efecto de la miseria que por la edad, preguntó:

— Buena mujer, ¿podrías decirme dónde encontraría á una pastorecita de cabras, que se llama Juana Picard?

— ¡Bondad divina!—contestó la vieja ma-

quinalmente, fijando sus penetrantes ojos grises sobre el rostro del teniente.—¿Qué queréis decir á esa chiquilla?

—Darla una buena noticia. Entregarla una pequeña herencia.

—¿Una herencia!

—Poca cosa; pero en fin, de algo la servirá este dinero. ¿Dónde está?

—Ahora estará pasando sus cabras por los prados de nuestro buen amo.

—¿Ah!... ¿Tenéis un amo?

—¡Ya lo creo! ¡Y que le queremos mucho!

—¿Y como se llama?

—Me extraña que no lo conocéis.

—Somos de Lubersac y nunca hemos estado en estos sitios.

—¿Pues si todo el mundo, hasta más allá de Limoges, conoce al señor conde de Branville!

—¿Y son extensos prados?

—¡Toda una provincia!

De Tresmes miró con ansiedad á Roberto.

—No nos será fácil encontrar á la pequeña.

—No es preciso que corráis tras ella, mis queridos señores—objetó la anciana—sería lo mismo que buscar una aguja en un pajar. Tenéis que esperarla aquí; tiene miedo á los lobos y no tardará en volver.

—¿Y á qué hora vuelve por aquí generalmente?

—A la puesta del sol. Precisamente oigo el ladrido de su perro. No debe estar lejos.

De Tresmes, ya más tranquilo, saludó á la anciana, y fué en busca de la pastora, que llegaba ya á la aldea precedida de su rebaño.

A pesar del frío, Juanita iba con los brazos y las piernas desnudas.

De Tresmes se dirigió á ella.

La niña no manifestó el menor asombro y aguardó con tranquilidad la pregunta de aquel caballero.

—¿Conoces á la señora de Branville?—la preguntó de Tresmes.

Una sonrisa casi celeste, iluminó la fisonomía de la guardadora de cabras.

—¿La bella y caritativa señora? Sí.

—Pues venimos de su parte.

—¿Qué hay que hacer?

—Entregarla esta carta. ¿Cuánto tiempo se necesita para ir al castillo?

—Dentro de una hora estaremos allí. Esperad á que guarde mis cabras.

El teniente la cogió una mano.

—Juanita—dijo—es necesario que no nos vea nadie.

—No nos verá nadie—contestó con seriedad.

—Se trata de un asunto que puede ocasionar la muerte.

—No sé lo que significan vuestras palabras

—dijo la niña.

—Significan que la señora de Branville es muy desgraciada y nosotros venimos á consolarla; pero es imprescindible que nadie sepa nuestra visita, que será muy corta, una hora lo más.

—¿La señora condesa es desgraciada? Lo presentia, porque llora con mucha frecuencia.

—Guarda tus cabras y vuelve á buscarnos.

Juana se alejó rápidamente, y después de llevar su rebaño al establo, volvió al lado de los jóvenes,

—¿Está lejos el castillo?—preguntó de Trespas.

—Una legua del país.

—¿Y cómo llegaremos sin ser vistos?

La niña se echó á reír.

—Dentro de un cuarto de hora—contestó—no nos veremos unos á otros. Son las cinco y la luna no sale hasta las nueve. Os llevaré por unos senderos por donde pasan más jabalíes y ciervos que hombres.

La niña se puso en camino, seguida en silencio de los dos jóvenes.

Poco á poco la noche se fué extendiendo, y aquellas incultas tierras, en medio de las que, de trecho en trecho, se alzaba un nogal descarnado como un esqueleto, se vieron rodeados de obscuridad completa.

De vez en cuando, entre las yerbas de las lagunas, salían los gritos lanzados por los patos, ó más allá, entre las malezas que se extendían á lo largo del sendero, se oía el galope de algún animal que hufa á través de los besques.

—Es un ciervo que se ha asustado—decía la niña.—¡Qué cobardes son!

Después de hora y media de marcha, los besques eran ya más espesos y los árboles más corpulentos y más altos.

A lo lejos, el ladrido de un perro se dejaba oír en la muda obscuridad de la noche.

La niña se paró y dijo:

—Será necesario que os ocultéis detrás de mí. Ya estamos cerca. Ese perro que ladra es Joel, el perro del general, que es muy malo. A mí me quiere y no me hará nada, pero cuando no conoce se pone furioso.... En el país se le

teme mucho, y nadie, por la noche, se atreve á acercarse al castillo.

—No tengas cuidado, Juanita—dijo Roberto, que desplegaba los labios por primera vez.—Joel es mi amigo y no tenemos nada que temer.

—¡Ah!—exclamó con extrañeza la niña.—Entonces es un peligro menos. Aquella es la casa.

En efecto, una masa negra, enorme, se levantaba ante los viajeros á unos cien metros de distancia.

—Allí es—dijo Juanita señalando con la mano aquella inmensa mole de piedra.

El corazón de Roberto latía con extraordinaria violencia.

La pastora asió las manos de los dos jóvenes para que se acercasen más, y con misterioso ademán y voz baja les dijo:

—¿Véis aquella ventana que tiene luz? pues esa es la del cuarto de la condesa. Ella sola habita ese lado del castillo. El cuarto del señor está al otro lado, á lo último de aquella galería. Hace muchas semanas que no sale de sus habitaciones. Dicen que está muy malo y que no vivirá mucho tiempo. ¡Qué lástima, un señor tan bondadoso! La puerta del castillo está cerrada, si no veríamos la linterna que encienden en el pórtico por las noches. Acercémonos con precaución. A estas horas solo está Joel fuera. Veréis qué pronto está aquí. Todas las noches le sueltan y hace la ronda alrededor de los fosos.

La pastorcita no se equivocaba.

Los ladridos volvieron á escucharse, pero

esta vez tenían un acento acariciador y alegre.

Joel se precipitó, dando alegres saltos, sobre Roberto, quien acariciándole con la mano, le dijo con dulzura:

—Quieto, Joel, quieto.

El perro se echó á sus pies y le lamió las manos.

—Es extraño—objetó Juanita.—Mucho os debe conocer para que esté tan dócil con vos. Lo más que se le puede pedir es que no estrangule á las gentes. Unicamente al general lo acoge como lo hace con vos.

Se habian parado bajo los últimos árboles del bosquecillo.

—Aguardadme un momento—dijo la niña—voy á llevar la carta.

Y recogiendo varias piedrecitas de uno de los paseos, las arrojó al balcón de Gabriela.

Un ruido seco se oyó.

Era la señal convenida.

El balcón se abrió sin hacer el menor ruido, y las voz de Rosa preguntó:

—¿Eres tú, Juanita?

—Sí—contestó la pastora.—El caballero está ahí y traigo una carta suya.

Rosa echó una cestita sujeta á una de las extremidades de un bramante.

La niña depositó la carta en el cestito.

—Espérate un poco.

Gabriela, temblando de emoción y casi desmayada, leyó la carta.

No contenía más que estas palabras:

“Aquí estoy”

—Dile que venga,—exclamó la condesa dirigiéndose á Rosa.

El capitán vió, de lejos, una forma blanca que se dibujaba sobre el fondo oscuro del cuarto de Gabriela.

—Roberto—exclamó de Tresmes—son las ocho, á las nueve en punto, es imprescindible que estés aquí. Así me lo has prometido. Reflexiona, tanto por tí, como por Gabriela y el infortunado general.

—Te lo juro,—contestó Roberto precipitándose en los brazos de su amigo.

—Marchaos—objetó la niña—y daos prisa al atravesar el jardín. Nosotros os esperaremos bajo estos árboles. Dentro de una hora os veremos salir; la luna nos alumbrará.

Una cuerda de nu los estaba sujeta al balcón, Roberto trepó por ella y en un instante, llorando de alegría y de emoción, se encontró al lado de la condesa.

—¡Pobre Gabriela!—exclamó al ver su pálido rostro.—¡Cuánto has sufrido por mi causa!

—¡Es verdad! Pero ya no pienso en ello, puesto que estoy á tu lado.

XLV

Marcas inspiraba gran deferencia a todos los guardas de Traignac. Parecía un capitán al frente de su compañía de soldados.

Por consiguiente, Marcas era, para los limosinos de Traignac, un personaje.

Los criados particulares del general, es decir, los que servían á su persona y no cuidaban de sus dominios, se burlaban gustosos de la dictadura de aquel rústico, más no los otros, es decir, los que dependían de su autoridad de guarda mayor del dominio.

Para estos era tanto ó casi más que el conde, pues desde tiempo inmemorial le habían visto mandar, le conocían y le habían obedecido.

El general, para ellos, era un señor *in partibus*. Era tal vez un Dios, pero se encerraba en el misterio, en las alturas, y no le palpaban.

Como desde su instalación en el castillo, el conde y la condesa hacían una vida tan reti-

rada, se les veía muy pocas veces, y como Marcas continuaba con la dirección de todos los negocios, su autoridad y prestigio no habían decaído lo más mínimo.

Además, el general cuando tenía que dar alguna orden, siempre se dirigía á él ó á Farin. Eran sus representantes.

Marcas tenía la palabra breve. Nunca se perdía en divagaciones, y aunque se prodigaba por todas partes, su autoridad no disminuía en nada.

En fin tenía una superioridad; era la honradez misma, irreprochable, personificada. Para los demás era la cúspide, para él, era el fondo sólido, donde descansaban los intereses del conde.

Mientras Roberto, á los pies de la condesa, pasaba las horas más felices de su vida, suplicándola tuviese valor y resignación, asegurándola con mil ardientes juramentos, que su amor era eterno, los criados estaban reunidos en una inmensa sala que debió ser, cuatro siglos ántes, la sala de armas y el local de reuniones más amplio de todos los del castillo.

En la enorme chimenea, cuya campana estaba sostenida por dos pajes esculpidos en sólida piedra de granito, ardía un colosal tronco de encina. Las paredes estaban adornadas con trofeos de caza y cabezas de jabalí, de lobos y de ciervos.

Veinte servidores estaban sentados al lado de una mesa rectangular, aún llena de los restos de una comida abundante.

Numerosas botellas vacías atestiguaban se era menos parco en la mesa de los criados que en la de los amos.

Hacia un rato que las bromas iban subiendo de tono.

Los criados de casas opulentas son, una vez terminado su servicio, la gente más libre del mundo.

—Maese Marcas, ¿podeis explicarme— decia el cochero del general, que queria probar la paciencia del guarda mayor—por qué las gentes del país os llaman mi comandante? No se oye más que comandante por aquí, comandante por allá, y francamente, eso es muy duro de digerir. A los treinta y cinco años el general no era más que capitán y vos parece que habeis venido al mundo con ese grado.

—Eres un tonto— contesté el guarda.—Si tuvieses dos cuartos de reflexión, sabrias que no me dan más que el título que me corresponde. ¿Qué es un presidente, un gobernador? El que preside ó el que gobierna. ¿No es eso? Pues dicho se está, que comandante es el que manda, y que á mí me llaman comandante porque soy el que manda. ¿Has comprendido?

—¿Y á quién mandáis vos, maese Marcas?— pregunté el cochero con aire burlón.

—¿Que á quién mando? No á tres mil soldados, pero sí sobre siete mil cuatrocientos arpendes de terreno donde hay patos, truchas, anguilas, peces, conejos, liebres, zorras, lobos, ciervos, jabalíes, sin contar las gentes que los habitan y las pastorcitas que tú persigues con tus requiebros.

—¡Oh! en eso os engañáis, maese Marcas— respondió el cochero poniéndose colorado hasta las orejas.

—Vamos, no mientas. Yo sé todo lo que pa-

sa. Maese Marcas tiene buenos ojos y maese Perrinet también. La prueba de todo es que ayer en el prado tratabas de abrazar á la Picard, la pastorcita, y ella te contestó con un bofetón. Y te lo prevengo para tu gobierno. Aquí no es moda el pervertir á las mozas, y como te vuelvan á encontrar, verás lo que es bueno. Se hará una batida en tu honor como si fueses un lobo.

El cochero, molestado por las bromas de sus camaradas, se calló.

La conversación no siguió su curso porque Lecerf, el más ágil de todos los guardas, que llegaba de hacer su ronda, entreabrió la puerta é hizo una seña á Marcas para que saliese.

—Mi comandante— dijo el guarda cuando se vieron solos en el vestíbulo, débilmente alumbrado por una linterna que pendia del techo—creo que hay algo nuevo.

—A ver. Cuenta.

—Estaba yo en la extremidad del dominio, cerca de Saint Saturnin, y me alargué hasta Villefosse. Allí entré en la hostería de maese Chenu para refrescarme la garganta.

Estaban allí también cuatro mozos del país, charlé con ellos un rato, y cuando me disponía á salir, llegaron en un coche á Lubersac dos señores jóvenes y muy elegantes. Uno de ellos estaba condecorado.

Aquello me pareció extraño, y les seguí de lejos y vi que estuvieron hablando con una vieja—sin duda preguntándola algo—después se encaminaron hácia el castillo guiados por la pequeña Picard, y creo que deben estar aquí.

—¿Te llevaban mucha delantera?

—Lo menos tres cuartos de legua.

—Esas gentes no deben traer muy buenas intenciones — decía Marcas reflexionando — cuando se han dirigido por senderos extraviados.

—Yo oí, en el bosque de Saint Saturnin, á la Picard que decía á los señores, no nos verán.

—Tienes razón Lecerf. Aquí hay algo. ¿Está cerrada la puerta? ¿Ha entrado alguien?

—Todo está bien cerrado. He hecho la inspección y he tenido que entrar por el subterráneo.

—Sí, pero se puede entrar por las ventanas.

—Todas están cerradas y únicamente se vé que hay luz en el cuarto de la señora condesa.

—Está bien — murmuró Marcas — vete á comer. Joel es un buen centinela y si esos señores llegan, ya nos avisará. Ni una palabra de esto á nadie.

Una vez dado su parte, Lecerf se fue á comer con muy buen apetito, sin ocuparse más de la pastora y de los dos desconocidos.

Marcas tentó su cosigna, y como esta era muy grave, quiso antes de cumplirla pedir consejo á su amo.

Subió sin hacer el menor ruido á las habitaciones del conde y llamó con la mano.

No le respondieron.

Volvió á llamar.

El mismo silencio.

Entonces abrió la puerta con precaución y entró

El general estaba sentado en un sillón, al lado de la chimenea.

A la llegada de Marcas no hizo ningun movimiento.

Estaba dormido.

Pero su sueño era agitado y su respiración dificultosa.

Marcas se acercó. Su fisonomía dura y casi trivial tomó una expresión de tierna y respetuosa piedad.

—Duerme — dijo — Es un descanso para él.

¡Como ha cambiado en poco tiempo! — continuó. — Ya no quiere ver á la condesa. ¡Lo mismo que su padre! ¿Despertarle? ¿Para qué? ¿No me ha dado ya sus órdenes? Con seguridad tienen la culpa de su desgracia esos desconocidos. Tal vez se habrán marchado ya y así ahorro una nueva pena á mi señor. ¡Dormid, pues, mi general; yo voy á velar vuestro sueño, y desgraciado del que intente turbar vuestra paz!

Y el guarda salió sigilosamente, como había entrado, cerró la puerta y bajó á la sala donde poco ántes departía alegremente con los demás criados.

Allí llamó aparte á Farin.

—Jacobó — le dijo — hay ó debe haber en el castillo dos desconocidos. ¡Vigila del lado del portón; yo voy por el otro!

Y descolgando su fusil de una de las panoplias que adornaban la sala, se encaminó al jardín, donde entró por una puerta secreta.

Cuando Marcas, deslizándose como un fantasma, se ocultó en el jardín detrás de un grupo de árboles, vió en uno de los paseos una sombra que se dirigía á él.

Era Joel, el perro, que le había conocido y venía á acariciarle.

—Es extraño—pensó el guarda—Joel no ha ladrado. ¿Si se habrá engañado Lecerf?

Un rayo de luna filtrándose á través de las nubes que la ocultaban, proyectó sobre el antiguo castillo su pálida luz, blanca como un sudario.

La ventana del cuarto de la condesa continuaba iluminada.

XLVI

Roberto continuaba á los pies de Gabriela. La joven tenía las manos de su amante entre las suyas.

—¡Llévame contigo!—Decía Gabriela.—¡Sácame de esta tumba, donde muero de penas y de fastidio ¡Acepté mi suplicio con paciencia porque esperaba que el general se apiadaría de mí; pero se aleja y sus sufrimientos acrecientan los míos.

¡Oh! Te lo suplico, llévame, ocúltame en un sitio donde nadie me vea, donde quieras, si nó me volveré loca. A no ser por Rosa, creo que lo estaría ya. No me atrevo á presentarme á los ojos de nadie. Me figuro que lleva mi falta escrita en la frente.

Roberto, emocionado por la desesperación de un alma extenuada por la debilidad, trataba de consolarla.

—Ten valor—decía—para dártelo he venido. Dios me es testigo que te amo más que á la vida, más que todas las cosas del mundo y que estoy dispuesto á todo, para hacerte dicho.

sa, pero el crimen que cometeríamos, envenenaria el resto de nuestra existencia. ¡Sería un asesinato! ¡Qué sería del pobre general si al despertarse una mañana se encontrase con que su mujer se había escapado?

¡Qué escándalo y qué golpe mortal para su honor y su vida! Imitame, sé fuerte. Al verte respiro y recobro fuerzas para largo tiempo. Me marcharé alegre y feliz porque he respirado el mismo aire que tú. Es la suprema felicidad. Créeme, Gabriela mía, no aumentemos nuestra desgracia. ¡Tengamos paciencia!

El tiempo pasaba rápidamente y los minutos se sucedían con vertiginosa rapidez en la esfera del reloj.

Al señalar la aguja las nueve, Roberto se levantó.

—Es preciso separarnos—dijo—Se fuerte y ten confianza en nuestro amor.

En vano Gabriela trató de detenerle.

—He jurado á de Tresmes que no estaría más de una hora, y no quiero faltar á mi juramento. ¡Ojalá pasen con igual rapidez nuestros días aciagos!

La condesa, casi desmayada, se dejó caer en un sillón.

—Tened valor, señora....—decía Rosa—ya volverá.

—Sí—exclamó Roberto besándola la mano,—volveré.

Y después de despedirse de la condesa, abrió el balcón y asiéndose á la cuerda comenzó el descenso.

La luna, ya libre de nubes, proyectaba una claridad plateada y uniforme sobre las murallas del castillo.

Marcas, desde su escondite, vió á la condesa que habia salido al balcón á despedir á su amante.

Lleno de indignación y cólera, amartilló su escopeta. Le parecia que estaba designado para vengar, de una sola vez, la injuria hecha en el honor de dos generaciones de sus nobles amos.

Cuando Roberto soltaba la cuerda que pendía del balcón y se disponía á reunirse con de Tresmes, un vivo resplandor iluminó el sitio donde se ocultaba el guarda.

Roberto cayó en tierra con el pecho destrozado por un tiro.

Marcas le habia matado.

De las habitaciones de la condesa salió un grito desgarrador. Era Gabriela, que al oír la detonación habia caído desmayada sobre la piedra del balcón.

El general se despertó sobresaltado al estruendo del tiro. Con gran trabajo se levantó del sillón, y se disponía á salir cuando Marcas entró en la estancia.

El guarda estaba pálido.

—Mi general—dijo—He cumplido vuestras órdenes. Un hombre, un desconocido, ha escalado el muro y penetrado en el cuarto de la condesa. Fue advertido por Lecerf, que le habia visto en Villefosse. Me oculté tras unos árboles al lado del foso. Hace poco vi al desconocido salir del cuarto, siempre por el balcón. La señora le abrazó en el momento de separarse; yo, ciego de cólera, hice fuego cuando trató de alejarse. El desconocido cayó. Ignoro si le he matado.

—¡Desgraciado!—exclamó el anciano.—
¿Qué has hecho?

—Obedecer vuestras órdenes.

—¡Es verdad! ¿Dónde está el herido?

—Al ruido del tiro salió toda asustada la doncella, y del otro lado del jardín llegaron otro desconocido y Juanita la pastora. Creo que le han trasladado al cuarto de la condesa.

—¿Y no has socorrido á ese desgraciado?

—Mi general, creo que estará muerto. Hice blanco al pecho, y mi carabina es muy segura. El anciano, anonadado por la emoción y la fatiga, se había sentado en el mismo sillón.

De pronto, una idea le pasó por la imaginación.

—¿Dónde estaba Joel esta noche?—preguntó.

—Donde siempre, mi general.

—¿Y no ha ladrado?

—No, mi general. Al principio me hizo reflexionar, pero luego no me extrañó. El perro conoce á la pastora.

Tampoco ladró en Versalles, pensó el conde.

—¿Quién estaba en el jardín?

—Farin y yo, mi general.

—¿Y los demás?

—Están en las cocinas y no se han enterado de nada. Los parisienses meten mucho ruido y las murallas del castillo son muy espesas.

—¿Dices que ese desgraciado está en el cuarto de la condesa? Sígueme. Vamos allá.

Y apoyándose en el brazo de Marcas, atravesó la galería que separaba sus habitaciones de las de Gabriela.

La puerta estaba cerrada.

Marcas llamó

Rosa salió á abrir, pero al ver al general trató de impedirle el paso.

—¡Señor conde—gritaba—no entréis! ¡En

nombre de Dios, Marcas, no dejéis entrar al señor!

Y la doncella trataba de detenerle.

—Déjame entrar!—gritó el conde.—¡Quiero saber!

—¡Por piedad, señor conde, por vos mismo, no entréis!

—¿Pero qué es lo que se me oculta?—preguntó el general.—¡Rosa, dímelo!

—¡Una gran desgracia!—dijo Farin con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Dime lo que ha pasado! No conozco mayores sufrimientos que los que desde hace seis meses tengo.

Y separando á su ayuda de cámara y á Rosa, entró en la estancia.

Roberto, inmóvil, cadavérico, estaba echado en el lecho de la condesa. Estaba agonizando.

Gabriela, con los ojos secos é inflamados, sin poder llorar, se había arrodillado á la cabecera y tenía una mano de su amante entre las suyas.

Más allá, en un rincón, también de rodillas, oraba la pastoreita.

De Tresmes, de pie cerca del lecho, con los brazos cruzados, horrorizado del suceso, contemplaba, llorando, á su mejor amigo.

Gabriela no se movió cuando llegó su marido.

Al llegar cerca del lecho, el general levantó la colgadura que le ocultaba el cuerpo del herido.

De pronto dió dos ó tres pasos hacia atrás, su rostro tomó una indecible expresión de terror, y á no ser por Marcas y Rosa, hubiese caído al suelo.

—¡Roberto!—gritó.—¡Mi hijo!...

Y echándose sobre él, cubrió de besos sus cabellos y su lívida frente.

—¡Está muerto!— exclamó.—¡No, no lo está! dijo poniéndole una mano en el pecho!—¡Un médico! ¡Pronto!

—Es necesario—añadió que se ignore la verdad de lo sucedido. Hay que decir que ha sido un accidente. ¡Por su honor, por el de la condesa, por el de todos! Marcas, monta á caballo y vuelve en seguida con un médico.

Y cogiéndole en sus brazos con infinitas precauciones, le decía:

—Hijo mío, vuelve en tí, te perdono. ¡La culpa no es tuya, sino mía. Yo debí prever lo que ha pasado. Vosotros érais jóvenes y estábais expuestos á funestas debilidades. ¡Yo estaba ciego! ¡Fué una insensatez!

La sangre salía gota á gota de la herida de Roberto. Por fin abrió los ojos.

Al ver al general inclinado sobre él, contemplándole con paternal ternura, una débil sonrisa asomó á sus labios, y murmuró estas palabras:

—¡Dics me ha castigado! ¡Perdón para Gabriela!

—¡Perdón para todos, hijo mío! ¡Vivirás! ¡Vaya! ¡No quiero que mueras!

Roberto cayó otra vez exánime sobre la almohada.

El general estaba aterrado. Abundantes lágrimas corrían de sus ojos.

Después, al ver á Gabriela que continuaba sollozando sin poder arrancar lágrimas á sus calenturientos ojos, la levantó en sus brazos y la dió un beso en la frente.

—¡Ah!—exclamó Gabriela, rompiendo á llorar amargamente.—¡Sois bueno como Nuestro Señor!

XLVII

Los criados del castillo, encerrados en sus habitaciones cuando ocurrió la catástrofe, no tenían conocimiento ni se habían enterado de nada. Además, un tiro no tenía nada de extraño en Traignac, pues muchas veces por la noche solían los guardas dispararlos sobre los jabalíes del bosque inmediato.

A la una y media llegó Marcas con el médico, un Esculapio de casualidad, excesivamente ignorante y bonachón.

—El caso es grave—dijo examinando á Roberto.—¿Cómo ha sido herido?

—Un accidente de caza—dijo de Tresmes.—Una bala perdida.

—¡Diablo!—exclamó el doctor rascándose la cabeza.—Sería conveniente ir á buscar á uno de mis colegas de Lubersac. Pero desgraciadamente creo que no tendremos tiempo.

Una sangría practicada por el campesino doctor—verdadero sangrador de la Edad Me-

dia—hizo volver en sí al herido, proporcionándole algunas fuerzas.

Vivió hasta el alba, y confesó al conde su pasión por Gabriela, la resistencia de la joven, sus remordimientos y la oposición de De Tresmes á que emprendiese el viaje.

Al rayar el día, consolado por el sublime perdón de aquel corazón de oro, expiró en los brazos del general.

De Tresmes continuaba de pie cerca del lecho.

Cuando Roberto entregó su alma á Dios, el general mandó llamar á Gabriela, y besándola en la frente, exclamó:

—Hija mía, sois viuda. Pronto os quedaréis huérfana.

Marcas había ejecutado la consigna de la Providencia.

Los periódicos de aquella época dieron cuenta de la muerte de Roberto atribuyéndola á un accidente de caza.

Esta fué la creencia general; sin embargo, hubo algunos excépticos.

El salón de la princesa Ivanowska vió florecer el mayor número.

El vizconde Palamede deploraba una noche ante ella la muerte de su amigo.

—Creedme, querido vizconde—decía la princesa—mientras viva el general no vayáis nunca á Taignac. ¡Sus guardas son muy torpes!

Otra noche, en un baile en el Eliseo, paseándose entre Riozares y lord Fowler, se encontró con de Tresmes.

La princesa se separó con brusquedad de sus acompañantes.

—¿Queréis—dijo al teniente, siempre triste desde la muerte de su amigo—ofrecerme vuestro brazo?

—Con mucho gusto, princesa—contestó el oficial.

—Contadme algunos detalles de la muerte de vuestro amigo.

—No tengo valor para pintaros ese terrible accidente.

—¿Pasaría de noche?—objetó con malicia la princesa.

—¿Por qué por la noche, princesa? Yo estaba cerca del pobre Roberto, y se veía muy bien.

—¿Era clara la luna?

—¿Princesa!—exclamó gravemente de Tresmes—se puede criticar á los vivos, pero nunca calumniar á los muertos.

—¡Ah! Vos tenéis un gran corazón, señor de Tresmes, y esa es una cualidad muy recomendable.

—Porque es rara, ¿no es cierto? Con la muerte de Roberto habéis perdido un amigo fiel. ¡Mucho os amaba!

—¡Oh! para entretenerse. ¡Más le hubiera valido seguir conmigo que irse á hacer matar en el fondo de un bosque.

El día 12 del mes de Enero siguiente, el general falleció de repente; se apagó como una lámpara falta de aceite.

Gabriela estaba arrodillada á la cabecera del lecho: la mano del moribundo descansaba sobre sus cabellos, como para darla una suprema absolución.

Las últimas palabras del anciano fueron éstas:

—¡Roberto! ¡Gabriela! ¡Hijos míos!

No quedaba ningún heredero del nombre de los Branville.

Aquel árbol diez veces secular se había convertido en polvo.

En su testamento legaba el general sus cuantiosos bienes á su viuda, y gran parte de sus casas de París á de Tresmes, por la sincera amistad que le había unido con su hijo.

La condesa sigue viviendo en el castillo donde reposan los restos de los que amaba. Vive en medio de sus recuerdos, con su fiel Rosa, á quien quiere como á una hermana, y tiene por doncella á la pastorcita que la sirve con gran cariffo.

El honrado Marcas, Farin y los restantes servidores, siguen en sus funciones y sirven con fidelidad á la viuda de su antiguo amo.

De Tresmes es capitán de dragones.

Su tristeza es incurable, y únicamente halla consuelo en las frecuentes visitas que hace á Traignac.

La princesa Ivanowska ha regresado á su nevado país.

¡Que Dios la perdone!

FIN

30560

N
M 5674

